

blicas, sino tambien cárceles, mazmorras, calabozos y prisiones, sin las cuales no se podria vivir en la república.

No ménos muestra Dios su justicia en el infierno castigando á los malos, que en el cielo su misericordia glorificando á los buenos; ni su bondad resplandece ménos, cuando nos castiga, con los malos y crueles príncipes, que cuando por medio de los buenos y moderados nos favorece y regala. Y en lo que algunos dicen, que el tiempo en que Dios los sufre es muy largo y prolijo, no consideran que mil años en los ojos del Señor son ménos que un dia, y que preguntar por qué Dios deja vivir al tirano, y no le castiga hasta que hayan pasado treinta ó cuarenta años, es preguntar por qué ahorcaron al ladrón la tarde, y no la mañana del mismo dia.

Especialmente que todos estos tiranos están presos, y no se pueden escapar ni huir de la cárcel, aunque en ella se entretengan y jueguen, y tomen pasatiempos y se huelguen, estando colgando la sogá sobre sus cabezas y dada ya la sentencia contra ellos. Como admirablemente lo dice Plutarco (1) en un opúsculo, en que trata por qué Dios castiga tarde á los malos, en el cual refiere muchos y muy grandes provechos desta providencia y paciencia del Señor (2); de manera que el Señor da los reinos y los estados, y no la educacion de que usan los cristianos, como dice Maquiavelo, ni los que tienen mando en el mundo pueden hacer dél á su voluntad, sino á la voluntad de Dios y por el tiempo que Él fuere servido; porque, si el demonio no tiene más potestad para hacer mal, de la que Dios le permite, como claramente vemos en los libros del santo Job y del Evangelio, mucho ménos la tendrán sus ministros, ni la que el Señor les diere les durará más tiempo de lo que Él fuere servido.

Y así vemos que estos mismos tiranos, por el tiempo que Dios se quiere servir dellos, reinan, mandan, asuelan y arruinan sus reinos y señoríos, y en acabándose aquel tiempo limitado del Señor, se acaban ellos infelicísimamente, y pagan con desastrosos fines los desafueros y violencias que hicieron. Lo cual hallará el que leyere con atencion las historias, así eclesiásticas como profanas; porque en las profanas hallará las crueldades y torpezas y fingimientos de Tiberio, emperador, con que avasalló y afrentó el imperio romano, y despues le verá ahogado con una almohada por mano de sus mismos criados.

A Calígula, que deseaba que el pueblo romano tuviera una sola cabeza, para cortarla de un golpe, verálo acabado con treinta puñaladas. A Neron, derramando primero la sangre de su mujer, de su madre y de su maestro, y pegando fuego á la ciudad de Roma, y despues, dentro de pocos dias, dado por enemigo de la patria y condenado á ser arrastrado, y al cabo muerto con sus propias manos. A Domiciano, que se quiso hacer adorar por

(1) Plutar., *De Ser. num. vindicta*. (2) Math., viii; Marci., v.

dios, y con siete heridas que le dieron, confesar que era hombre y morir miserablemente.

¿Qué diré de los Commodos, Heliogábalos, Dioclecianos, Maximianos, Maximinos, Majencios, y de otros monstruos infernales, que fueron, el tiempo que imperaron, vara del Señor, y despues quemados con el fuego de su justicia? ¿Qué de los reyes cuyas vidas se cuentan en las historias sagradas y eclesiásticas? ¿De Saul (3), desobediente é ingrato, y enemigo de quien tantas veces le dió la vida, y derramador de la sangre sacerdotal; el cual, echándose de pechos sobre su misma espada, perdió con su vida el reino que Dios le habia concedido? ¿De Jeroboán (4), que por razon de estado y por no perder el reino hizo idolatrar al pueblo del Señor, y por esto le perdió para sí y para todos los de su casa y familia? ¿A Acab (5), impío y perseguidor de los profetas del Señor, y favorecedor de los profetas de Baál, atravesado de una saeta en la batalla, y lamiendo los perros su sangre? ¿A los reyes Antioco y Heródes (6), comidos de gusanos, y á todos los demas reyes impíos, de quien se escribe en las sagradas letras haber sido castigados severísimamente de Dios nuestro Señor?

Por no referir á Constancio, arriano, que murió de apoplejía, y á su primo, Juliano Apóstata, que fué traspasado con una lanza y vomitó blasfemando su abominable alma, y á Valente, hereje, que fué quemado en una choza de los bárbaros sus enemigos; ni decir de los demas príncipes que, habiendo servido de azote y vara al Señor para castigo de los reinos, despues acabaron con miserables fines.

Quede, pues, esta verdad asentada en nuestros pechos: que Dios, nuestro Señor, es Rey de todos los reinos, y el que los da y quita á su voluntad; que muchas veces se sirve de príncipes injustos y muy crueles para castigar los pecados de los pueblos, y que, acabado aquel castigo, les quita la vara é imperio, y los castiga á ellos con mucho mayor rigor y severidad, como lo muestran sus príncipes, medios y fines.

Y así san Agustín (7), despues de haber probado esta verdad, dice estas palabras: «Siendo esto así, no demos la potestad de dar el reino y el imperio sino á Dios verdadero, el cual da la felicidad del reino del cielo á solos los piadosos, y el reino de la tierra á los piadosos y á los impíos, como place al que ninguna cosa injusta place. El que dió el mando á Mario, ése le dió á Cayo César; el que le dió á Augusto, le dió á Neron; el que le dió á Vespasiano y á Tito, su hijo, que fueron suavísimos emperadores, le dió tambien á Domiciano, que fué cruelísimo; y por no alargarme, el que le dió al emperador Constantino, cristiano, ese mismo le dió al apóstata Juliano.» Todo esto es de san Agustín. Y no solamente este sapientísimo padre y los otros santos doctores de la Iglesia nos enseñan esta verdad tan clara y manifiesta, mas tambien los

(5) I, *Reg.*, iii. (4) III, *Reg.*, xii et xiii. (3) III, *Reg.*, xvii et xxii. (6) I, *Macab.*, vi; *Act.*, xii. (7) Lib. v, *De Civit. Dei*, cap. xxi.

mismos filósofos gentiles con sola la lumbre de la razon la alcanzaron.

Y Plutarco dice estas palabras (1): *Nimirum Deus quibusdam malis tanquam carnificibus usus est, ad sumendas de aliis malis penas. Quod verum esse de plerisque tyrannis arbitror*; Dios se sirve de algunos malos como de verdugos para castigar á los otros malos; lo cual creo que es verdad en casi todos los tiranos. Y añade que no cesa el castigo y furor del tirano ó la aspereza del mal juez hasta que sane la enfermedad que Dios, nuestro Señor, quiere curar con ella. Por tanto, no creamos que está el mundo entregado en manos de los hombres malvados acaso, para que puedan hacer dél á su voluntad, como impía y neciamente dice Maquiavelo, ni que la religion cristiana ha sido causa desto. Antes, si examinamos con atencion las vidas de los emperadores gentiles, desde Julio César hasta el emperador Constantino, en espacio de poco más de trescientos años, y las cotejamos con las de los príncipes cristianos que de Constantino, emperador, acá han reinado en casi mil y trescientos años, halláremos que los príncipes cristianos malos han sido muy pocos en comparacion de los malos gentiles, y que los muy malos de los nuestros no llegan con mil partes á la maldad de los otros, ni áun de algunos de los que los escritores gentiles alaban por virtuosos y moderados.

CAPÍTULO XLI.

De la primera cosa que debe hacer el príncipe cristiano para alcanzar la fortaleza, que es pedirla á Dios.

Dejando, pues, á Maquiavelo con las inorancias que enseña de la fortaleza, digamos la que debe tener el príncipe cristiano para conservar su estado y defenderle de los enemigos cuando fuere menester. El valor y magnanimidad en el príncipe es cosa muy necesaria, así para ser responsable y temido de los suyos, como para resistir y hacer rostro á los contrarios, que en los reinos y estados grandes nunca suelen faltar.

Y aunque en todas las acciones del príncipe debe resplandecer la fortaleza, pero en ninguna cosa más que en la guerra, que es la propia materia della. Muchos príncipes hay que en la paz se muestran justos y prudentes, mas cuando se levanta algun gran torbellino y tempestad brava de enemigos, no tienen valor para contrastar contra las ondas impetuosas y resistir á los furiosos vientos.

Pues para hablar desta fortaleza, la primera cosa que el príncipe cristiano debe hacer es, persuadirse que, aunque la paz es el blanco á que su gobierno debe mirar, pero que muchas veces no se puede alcanzar ni conservar buena paz sin buena guerra. La cual es tan necesaria para defender la república y tener paz, como lo es la medicina amarga para la salud del enfermo. Por las guerras que mandó hacer Dios á sus santos capitanes, y por las victorias que les dió, y por las leyes que publicó á

(1) I, *De Ser. num. vindicta*.

su pueblo, enseñándole el modo de hacer guerra, se ve que la guerra se puede hacer santamente, y que, supuesta la malicia de los hombres, muchas veces es un mal necesario en la república, el cual debe el príncipe cuanto pudiere excusar. Pero cuando la necesidad precisa le obligare á usar del hierro y fuego, por no aprovechar las unciones y remedios suaves, confiado en Dios y en la justicia de la causa, que debe tener ántes muy bien examinada y averiguada, ármese con esta fortaleza y constancia, para ejecutar con pecho valeroso todo lo que para la buena guerra conviniere.

Pero tenga por cosa cierta y llana que una de las cosas en que Dios, nuestro Señor, más muestra su divina providencia es en los ejércitos y batallas, y en las victorias que da á los que es servido, y con ellas los reinos é imperios, que dependen dellas. Lo cual entendieron y enseñaron hasta los mismos gentiles, pues el rey Ciro, ántes de emprender cualquiera guerra, hacia tantos sacrificios, como lo escribe Jenofonte. Y los romanos la comenzaban con los auspicios y la proseguian con tantas ceremonias.

Onosandro, siguiendo la doctrina de Platon, su maestro, enseña que no se debe sacar el ejército para la guerra ántes de haberle purificado con un solene sacrificio y aplacado primero á los dioses; pero mejor lo dice el Espíritu Santo en las divinas letras por estas palabras (2): «Si fueres á la guerra contra tus enemigos, y vieres la caballería y los carros de los enemigos, y que tienen mayor número de soldados que tú, no por eso los temas; porque el Señor Dios tuyo, que te sacó de Egipto, está contigo. Y cuando hubiéredes de pelear, póngase el sacerdote delante de los escuadrones y hable desta manera al pueblo: Oye, Israel: vosotros hoy peleais contra vuestros enemigos; no desmaye el corazón de nadie, no temais, no os espanteis ni volvais atrás, porque el Señor Dios vuestro está en medio de vosotros, y peleará por vosotros contra vuestros enemigos y os librará de peligro.» Todo esto dice Dios en el *Deuteronomio*.

Para declarar esta verdad se llama el Señor en las sagradas letras *Deus Sabaoth*, que quiere decir Dios de los ejércitos. Por esta misma causa dijo Melchisedech á Abraham, despues de la victoria de los cinco reyes: «Bendito sea Dios excelso, que te ha guardado, y te ha dado en las manos á tus contrarios y enemigos» (3).

Cuando el pueblo de Israel peleaba contra Amalech, estando Moisés en el monte y teniendo las manos levantadas á Dios, vencía Israel; cuando las bajaba, era vencido, para que se entendiese que la victoria era de Dios, y que la daba más por la oracion de Moisés que por la fortaleza y valor de los soldados que peleaban. Y así lo declaró el mismo Moisés cuando, acabada aquella guerra y alcanzada la victoria, edificó un altar al Señor y le llamó *Domus exaltatio mea* (4), que quiere decir:

(2) *Deut.*, xx. (3) *Gen.*, xiv. (4) *Exod.*, xvii.

Dios es mi gloria, y el que me ha ensalzado y por cuya virtud he vencido.

Para manifestarnos esta misma verdad, leemos (1) que estando Josué en el campo de la ciudad de Jericó, alzó los ojos y vió un ángel que tenía rostro y semblante de hombre, con la espada desenvainada en la mano, y que se fué á él y le preguntó: «¿Eres nuestro ó de los enemigos?» Y el ángel le respondió: «No soy sino el príncipe del ejército del Señor, que vengo para ayudarte.» Y así, cuando en su mismo libro se cuentan las hazañas y victorias de Josué, se dice (2) que las alcanzó porque el Señor Dios de Israel peleaba por él, para que se entendiese que aquellas victorias no eran de Josué, sino de Dios, y que á Él se debía la gloria dellas.

También leemos (3) que estando Júdeas Macabeo cercado y muy fatigado de sus enemigos, se le apareció Jeremías, profeta, en sueños y le dijo: «Toma esta santa espada dorada, que te envía Dios, para que con ella venzas y deshagas los enemigos del pueblo de Israel.» Por esto dijo el Señor á Gedeon (4): «Con solos los trescientos hombres que bebieron el agua con la mano os libraré y entregaré á Madian en tus manos.»

Por esto dijo Jonatas á su paje de lanza, animándole á acometer á los enemigos (5): «Tan fácil es á Dios dar la victoria con pocos como con muchos.» Por esto dijo David al gigante Golias (6): «Tú vienes á mí con espada y lanza y escudo, y yo vengo á tí en el nombre del Señor de los ejércitos y Dios de los escuadrones de Israel.» Y siendo ya rey, no tomaba las armas ni salía á la guerra sino acudiendo primero á Dios y consultando con Él lo que había de hacer.

Por esto Asá, cuando hubo de pelear contra un ejército innumerable de etíopes, haciendo oración al Señor, le dijo (7): «Señor, lo mismo es para vos dar favor y vencer con pocos ó con muchos; ayudadnos, Señor Dios nuestro; porque, confiados en vos y en vuestro santo nombre, venimos á pelear con esta muchedumbre infinita de enemigos.»

Por esto, habiendo Amasías, rey de Judá, juntado un muy grande y poderoso ejército, y estando á punto para salir á la guerra, vino á él un profeta y le dijo (8): «¡Oh Rey! el ejército no salga contigo, porque ahora no está Dios con Israel ni con los hijos de Efraim, y si piensas que el suceso de las guerras depende del número y valor del ejército, Dios hará que seas vencido de tus enemigos; porque Él quiere ser reconocido por Señor, que da la victoria á la parte que es servido, ó la pone en huida.»

Por esto, en el cántico que hizo Dábor, magnificando al Señor por aquella victoria tan señalada que le había dado contra Sisara, capitán general de Jabin, rey de Canaan, dice (9) que el cielo había peleado contra los enemigos, y que las es-

(1) Josué, v. (2) Josué, x. (3) Lib. II, *Macab.*, xv. (4) *Judic.*, vii. (5) I, *Reg.*, xiv. (6) I, *Reg.*, xvii. (7) II, *Paral.*, xiv. (8) II, *Paral.*, xxv. (9) *Judic.*, v.

trellas con su curso y concierto habían batallado contra Sisara.» Por esto en tantos lugares de la sagrada Escritura dice el Señor: «Yo te defenderé y ampararé y seré contigo; yo entregaré en tus manos á tus enemigos;» ó, «fué vencido Israel, porque Dios le quiso entregar á sus enemigos.» Y otras cosas semejantes, que se hallan á cada paso en los libros históricos y en los profetas, que nos dan á entender que Dios, nuestro Señor, es el que da las victorias y que de Él dependen los buenos sucesos de la guerra, y que sin Él toda nuestra fortaleza es flaqueza y como una llama de fuego de estopa.

Por esto Constantino, emperador, llevaba consigo á la guerra muchos clérigos, para que rogasen á Dios por él, y un tabernáculo, á manera de iglesia portátil, en que dijese misa y celebrasen los oficios divinos; y había enseñado á sus legiones que orasen desta manera: «Señor, nosotros os conocemos por un Dios y por un solo Rey, y á vos llamamos en nuestro favor y ayuda; vos nos habéis dado la victoria, por vos habemos desbaratado y roto á nuestros enemigos (10).»

Por esto san Ambrosio, escribiendo al emperador Graciano, que saliendo á la guerra le había pedido una fórmula de la fe, le dice (11): «Pedirme un tratado de la fe, ¡oh santo Emperador! estando con las espuelas calzadas para la guerra, porque sabéis que la victoria se alcanza más por la fe del Emperador que no por el valor de los soldados.»

CAPÍTULO XLII.

Algunas victorias milagrosas que ha dado Dios.

En las historias eclesiásticas hallamos muchas y muy excelentes victorias que el Señor dió milagrosamente á los príncipes cristianos, y aún á algunos gentiles por las oraciones de los cristianos, que confirman esta verdad. ¿Quién dió aquella tan ilustre y milagrosa victoria al emperador Marco Antonino contra los marcomanos y cuados, sino el Señor por la oración de los soldados cristianos y de aquella santa legión, que llamaban en latin *Fulminatrix*, por los rayos que había enviado Dios por su intercesión, y espantado con ellos á sus enemigos? (12).

¿Quién fué el autor de tantas y tan señaladas victorias como tuvo el emperador Constantino, sino el Rey del cielo, por medio del estandarte real de su santísima cruz? ¿Quién de las que tuvo el emperador Teodosio contra Máximo y contra Eugenio, sino el que le envió á los apóstoles san Juan y san Felipe para que le ayudasen en la batalla, y los vientos para que retorciesen y rebutasen las armas de los enemigos contra los mismos que las tiraban? (13).

¿Quién hirió y mató al perverso apóstata Juliano, cuando fué atravesado por una lanza por virtud del cielo, sino este mismo Señor, contra el cual el malvado emperador arrojó su sangre y confesó, mal-

(10) Euseb., lib. iv, *De Vit. Constant.* (11) *In Prologo de Fide ad Grat.* (12) Tert., Justin., Máx., en la *Apol.*, y Euseb. (13) Theod., lib. v, cap. xxiv; Aug., *De Civit. Dei*, cap. xxvi.

de su grado, que Jesucristo le había vencido? Y en prueba desto, escribe Sozomeno que cuando Juliano marchaba con su ejército la vuelta de Persia, un santo monje vió muchos apóstoles y profetas que se juntaban para tratar cómo habían de destruirle, y que, acabada la consulta, enviaron dos dellos para que ejecutasen lo que en ella se había determinado (1).

¿Quién peleó por el emperador Honorio, hijo de Teodosio, en aquella gloriosa batalla, en que murieron más de cien mil godos segun san Agustín (2), y doscientos mil segun Orosio (3), y entre ellos el rey Radagasio, con sus hijos, sin morir ni ser herido soldado alguno de los de Honorio (4), sino el Señor de los ejércitos, como escribe san Agustín? Y el bienaventurado san Ambrosio, el día antes de la batalla, apareció en Florencia á cierto siervo de Dios, y le dijo que así sería (5).

¿Quién dió la victoria á Masecel, capitán deste mismo emperador, contra su mismo hermano Gildon, en África, sino el que le envió al mismo glorioso pontífice san Ambrosio, que poco antes había muerto, para que le enseñase cómo había de vencer, y le esforzase de suerte que con cinco mil soldados desbarató setenta mil, segun Paulo Orosio, y segun Paulo Diácono ochenta mil? Y así, sin echar mano á la espada, triunfó del cruel y fiero enemigo (6).

¿Quién peleó la segunda vez contra Alarico, sino el mismo Señor, por cuya virtud y de su santa cruz afirma el clarísimo poeta Prudencio (7) haberse alcanzado esta victoria? Y en prueba desto, dice Paulo Orosio (8) que luégo que se mudó capitán y se encomendó la guerra á Saulo, judío, se trocaron las cosas de manera, que el favor del Señor se mudó en castigo, y los que, peleando en su nombre, fueron vencedores, despues quedaron vencidos. Y fué misericordia de Dios que Radagasio fuese vencido, porque era pagano y bárbaro, y sacrificaba cada día á sus dioses, y les había ofrecido y consagrado la sangre de todos los romanos, y los gentiles pensaban que había de ser vencedor por el favor dellos, y que venciese el que era cristiano y más humano, y había de tener más respeto á las cosas sagradas y á nuestra santa religion.

¿Quién favoreció á Teodosio el menor, nieto del gran Teodosio, y espantó á los persas con las piedras, y á los sarracenos que habían venido en su favor, y ahogó en el rio Eufrates casi cien mil de los bárbaros? (9). ¿Quién deshizo la tiranía de Juan en Ravena, guiando el ejército de Aspra por las lagunas y secando las aguas? ¿Quién otro ejército de los bárbaros con rayos y fuego del cielo, sino este mismo Señor? Porque fué tan grande la piedad deste emperador, que, imitando al rey David y al

emperador Teodosio, su agüelo, sabiendo que Dios es señor de las guerras, acudia á Él, y con oraciones alcanzaba las victorias.

¿Quién hizo triunfar al emperador Heraclio de Cósroes, rey de Persia, y quitarle el reino, y restituir al imperio romano tantas y tan importantes provincias como había perdido? (10). ¿Quién dió la victoria que tuvieron los borgoñones de los hunnos (que los apretaban y afligian mucho), sino su devoción y la virtud del santo bautismo? Con el cual, y con la fe armados, tres mil dellos deshicieron diez mil de los enemigos, y de allí adelante se dieron con más piedad á la cristiana religion.

¿Quién hizo de vencido vencedor al ejército de Clodoveo, rey de Francia, que peleaba contra los alemanes, sino el voto que el Rey hizo de tornarse cristiano, queriendo el Señor que con esta victoria se bautizase Clodoveo, y todo su reino de Francia recibiese la fe de Jesucristo, nuestro redentor? ¿Quién dió al mismo Clodoveo la victoria que tuvo de Alarico, rey de los visogodos, que era arriano, sino la fe católica y el celo de nuestra santa religion? Y en prueba desto, le envió Dios una cierva, que yendo delante, le enseñase por dónde había su ejército de pasar el vado del rio Vigena, que iba muy crecido, para acometer y desbaratar á sus enemigos. Como también la dió á Chidelberto, rey asimismo de Francia, católico, contra el rey Amalrico, visogodo arriano, que, por ser católico, maltrataba á la Reina, su mujer (11).

¿Quién pudo desbaratar y deshacer el ejército tan poderoso de los herejes albigenses con tan poco número de soldados que tenía Simon de Monforte, y matar al rey don Pedro de Aragon (12), que los favorecía, y dar á los católicos una tan señalada victoria, sino el Señor de las victorias? (13). ¿Quién sacó del campo y de la guarda del ganado á aquella admirable Juana Poncella, doncella de diez y ocho años, y la vistió de fortaleza y de ánimo varonil, para que, estando el reino de Francia oprimido de los ingleses, le levantase con sus armas, y llevase á coronarse al rey Carlos VII, por medio de los enemigos, á Rems, descercase á Orlens, y alcanzase tantas y tan ilustres victorias de los mismos ingleses? (14).

¿Quién libró á los cristianos que estaban en Antioquia cercados y apretados de los sarracenos en tiempo del papa Urbano II, y les dió rocío del cielo para refrescarlos, y envió tres varones santos para que peleasen por ellos, y con su ayuda mataban cien mil bárbaros? (15). Y por decir algo de lo mucho que se podría decir de España, ¿en cuya for-

(10) *Ibid.*, lib. vii, cap. xxx. (11) Paul. Emilio, lib. i, y Papirio Masson, lib. i, en *Clodoveo*; Car. Sig., lib. xvi, *De Occid. Imp.*

(12) No es cierto que don Pedro de Aragon, llamado el Católico, favoreciese á los albigenses; protegió á su feudatario, el conde de Tolosa, contra Simon de Monfort, que codiciaba sus estados. (*V. de la F.*)

(13) Papir. Masson, lib. iii, in *Aug.* (14) Papir. Masson, lib. iv, in *Carol.*, vii; Polid., lib. xxii. (15) Emilio, lib. iv Guilliell. Tiro, lib. vi, cap. xix.

1) Sozom., lib. vi, cap. ii. (2) San Aug., *De Civit. Dei*, lib. v, cap. xxiii. (3) Oros., lib. vii, cap. xxxvii. (4) Carol. Sig., lib. x, *De Occid. Imper.* (5) Oros., lib. vii, cap. xxxvi. (6) Paul. Diac., *De Gest. Rom.*, lib. iii, cap. i; Car. Sig., *De Occid. Imp.*, lib. x. (7) Lib. ii, *contra Symmachum.* (8) Oros., lib. vii, cap. xxxvii. (9) Soer., lib. vii, cap. xxii et xxiii.

taleza y virtud, sino la deste Señor, han echado los cristianos á los moros de España y vencido tantas y tan reñidas batallas, en algunas de las cuales visiblemente les apareció el glorioso patron de las Españas, Santiago, en un caballo, peleando armado, y matando y haciendo riza en los impíos y fieros enemigos?

¿Quién ha dado en este nuestro siglo tantas y tan milagrosas victorias á los católicos (si dellas nos hubiéramos sabido aprovechar) contra los herejes en Alemania, Francia y Flándes, y últimamente, aquella tan esclarecida y memorable contra Selim, príncipe de los turcos, en la cual el año de mil y quinientos y setenta y uno, siendo el señor don Juan de Austria capitán general de la liga que habían hecho entre sí el papa Pío V y el católico rey de España don Felipe el Segundo y la señoría de Venecia, fué desbaratada toda la armada del Turco, tomadas y hundidas ciento y ochenta galeras, muertos y presos grandísimo número de bárbaros, abatida la soberbia del fiero tirano y quebrantado su orgullo y furor?

Sería nunca acabar si quisiésemos traer aquí todo lo que está escrito en las historias eclesiásticas y seglares acerca deste punto, y lo que Dios nuestro Señor ha obrado para mostrar que Él solo da las victorias, y á quien los príncipes con humilde reconocimiento las deben agradecer. Y para testificar esto, algunos días del año se celebran fiestas en la Iglesia católica, en recordacion y hacimiento de gracias por las victorias que en aquellos días se alcanzaron.

CAPÍTULO XLIII.

Cómo debe el príncipe estimar y honrar el arte militar.

Sobre este fundamento firme y seguro, que Dios es Señor de los ejércitos y de las victorias, debe el príncipe edificar todo lo demas que toca á la verdadera y cristiana fortaleza. Ante todas cosas, debe estimar el arte militar, y honrar y hacer grandes mercedes á los soldados que en las guerras pasadas se han señalado en su servicio ó para adelante se pueden señalar; y esto debe hacer á un tiempo de paz, para que en el de la guerra de mejor gana ellos derramen su sangre por él; porque no se puede negar sino que las armas y los buenos soldados son los tutores, conservadores, defensores y amplificadores de la república, los nervios de los reinos, y el establecimiento y seguridad de los reyes.

Ellos son los que amparan la religion, los que dan brazo y fuerza á la justicia, los que mantienen la paz, reprimen al enemigo, castigan al facinoroso y atrevido; debajo de su tutela y proteccion puede el labrador arar y sembrar su campo, y cultivar su viña, y coger los frutos de la tierra, y dormir sin sobresalto á la sombra de su higuera y de su vid, y el mercader navegar y proveer y enriquecer el reino, y la doncella guardar su castidad, y la casada criar seguramente sus hijos, y el oficial trabajar, y el letrado estudiar, y el clérigo ocuparse

quietamente en rezar, y el religioso en contemplar y alzar las manos al cielo, y el juez en hacer justicia, y finalmente, el príncipe ser señor de sus estados.

¿Quién ha fundado los reinos y hecho y deshecho las grandes monarquías que ha habido en el mundo? ¿Quién ha abierto la mar y penetrado la inmensidad del Océano, y peleado con las ondas espantosas, y vencido innumerables é increíbles dificultades de la navegacion, descubierto y conquistado un nuevo mundo, rendido y sujetado tantas y tan extendidas provincias y naciones, sino el ánimo valeroso de los soldados y marineros, armados de fortaleza y constancia?

«Esta virtud, dice Ciceron (1), es la que ha dado nombre al pueblo romano, y gloria eterna á nuestra ciudad; ésta es la que con sus armas ha sojuzgado el mundo y sujetádole á nuestro imperio. Todas las cosas de la ciudad y todos los excelentes estudios y ejercicios, y la misma elocuencia, está debajo de las alas y presidio de la virtud militar, y en habiendo el menor ruido de guerra, luego callan y enmudecen nuestras artes; y siendo así, justo es que los tribunales cedan á los reales, el ocio á la milicia, la pluma á la espada, la sombra al sol, y que en nuestra ciudad sea la primera y señora de todas las otras aquella virtud, por la cual ella es la primera de todas las ciudades y señora del mundo.» Todo esto dice Ciceron.

Y no solamente Ciceron y Platon, Aristóteles y los otros sabios del mundo encarecen y suben de punto la fortaleza militar, pero los santos doctores y las sagradas letras lo hacen, alabando y magnificando á los capitanes esforzados, que por su Dios y por su fe y por su rey y por su patria pelearon las batallas del Señor, y alcanzaron gloriosas victorias.

Y es mucho de notar que entre las otras amenazas que Dios hace á su pueblo, le dice por el profeta Isaias (2): *Auferam fortem, et virum bellatorem, judicem et prophetam*; quitaros he el valiente soldado y guerrero, y el juez y el profeta; de manera que, así como es castigo de Dios cuando en la república hay falta de buenos jueces, que con la administracion de la justicia tengan el pueblo en paz, y con castigar los delitos repriman los facinorosos y excusen los pecados, que son la semilla y mala raíz de donde nace la guerra, y como es señal de estar Dios enojado cuando le quita el profeta que la ha de sustentar con sus merecimientos y oraciones, y aplacar al Señor, y declarar y testificar á la gente su voluntad, así lo es cuando le quita los capitanes y soldados valientes que la podían defender y amparar; porque desto se sigue lo que dice el mismo Profeta: *Effeminati dominabuntur eis, et corrueat populus*; faltando los valientes, vendrán á mandar y á guerrear los regalados y afeminados, y como no hay virtud ni valor en ellos, caerá el pueblo y será assolada y arruinada la república.

(1) Orat., pro Muræ. (2) Isai., iii.

Para alentar y animar á esta virtud militar á los caballeros y soldados se han instituido tantas y tan esclarecidas órdenes militares, con hábitos, encomiendas, honras, rentas y premios grandísimos, los cuales es justo que se den á los que por hechos hazñosos los merecieron, y que en repartirlos tenga el príncipe más cuenta con los merecimientos y con la virtud que con las otras cosas, como se dijo en este segundo libro (1).

Pues la primera cosa en que el príncipe debe mostrar su fortaleza (después de reconocer la de Dios y de pedírsela) es en estimar y honrar y remunerar á los fuertes y valientes, dando los oficios de alféreces, de capitanes, de maestros de campo y los demas, no por gracia y favor, sino por experiencia y merecimientos de guerra; porque mal podrá enseñar á los otros lo que han de hacer en ella el que no lo hubiere usado. Y haciendo lo que hacia el santo rey David (2), y se cuenta en la historia sagrada del *Libro de los Reyes*, en la cual se nombran por sus nombres los más esforzados capitanes que tenía, uno á uno, y los grados de su fortaleza y valentía.

Pero para que los soldados sean verdaderamente fuertes de aquella fortaleza que es virtud cristiana, y no salteadores de caminos; ministros de Dios, y no de Satanás; defensores de la patria, y no destruidores; guardas de los amigos, y no asoladores; amparo de los templos y casas sagradas, y no fuego infernal que los abraze y consuma (como algunos soldados lo suelen ser), es necesario que el príncipe cristiano (3) tenga gran cuenta con la disciplina militar de su ejército, y que mande severamente castigar los excesos, desobediencias, insolencias, robos, agravios, riñas y pendencias de los soldados, y más las injurias que se hacen á personas inocentes, doncellas, mujeres casadas, y sobre todo á los templos y monjas y ministros de Dios; porque sin esta disciplina y castigo militar, cuantos más soldados hubiere, más ruinas habrá, y el ejército no será ejército de soldados valientes y cristianos, sino una junta y multitud de enemigos y destruidores del género humano.

De la disciplina militar dice Valerio Máximo estas palabras. «La disciplina militar, conservada con gran cuidado, ha dado el imperio de Italia al pueblo romano, y el señorío de muchas ciudades de reyes poderosos y de naciones valientes y extrañas, ha abierto las puertas del Ponto Euxino y quebrado los cerrojos del monte Tauro y de los Alpes, y habiendo tenido principio de una pequeña choza de Rómulo, ha venido á tan alta cumbre, que es el ornato y gloria del mundo.» A esta misma disciplina militar pertenece el quitar del ejército todo lo que puede ablandar y afeminar los soldados, que es el lujo y regalo y las mujercillas que traen consigo, contra las leyes de Dios y de la buena milicia. Yendo Agesilao, rey de los

lacedemonios, con su ejército, le fueron presentadas muchas cosas, unas necesarias para la vida humana, y otras del regalo, y él aceptó las que eran necesarias y desechó las regaladas (4).

De Scipion africano el menor, que destruyó á Cartago, leemos que cuando vino á España contra los de Numancia, que estaban, con las victorias pasadas, muy ufanos y bravos, entendiendo que la causa de haberse perdido tantos ejércitos romanos habia sido la flojedad de los capitanes y el regalo de los soldados, desterró de su ejército todas las mujercillas y cortó las raíces del regalo y blanda que habia en él, y con esto le hizo de vencido vencedor, y arruinó á Numancia, que por espacio de catorce años habia sido el terror y espanto del imperio romano. Y lo mismo hizo Quinto Metello con su ejército en la guerra contra Yugurta, y todos los grandes capitanes tuvieron tanto cuidado desta disciplina severa y militar, que por conservarla quitaron la vida á sus hijos.

Después que el rey don Alonso el Sexto tomó á Toledo, y con ella se hizo señor de tantos pueblos, como quedaron los moros tan quebrantados y abatidos, en mucho tiempo no osaron menear las armas, y así gozó de paz y quietud. Con ella los cristianos aflojaron y se dieron al regalo, y perdieron aquel brío con que ántes peleaban.

Entró después Halí, rey de los almoravides, con poderoso ejército en el reino de Toledo, y no pudiendo el rey don Alonso, por su mucha edad y enfermedades, ir á la guerra y resistir al enemigo, envió sus gentes con el infante don Sancho, su hijo, el cual fué vencido y muerto cerca de Uclés; porque, como los soldados que llevaba estaban ya blandos y muelles con el regalo, no podían menear las manos ni pelear con el vigor y esfuerzo con que peleaban cuando se criaban con aspereza y necesidad. Y entendiendo el Rey que ésta era la causa de aquella ignominia y flaqueza, mandó derribar los baños y las casas de placer, y dió orden para que sus soldados se ejercitasen en trabajo y cosas duras, como ántes, y así vinieron á cobrar la honra que habían perdido (5).

Pero esta disciplina no se puede guardar cuando los soldados no son bien pagados; porque, cuando no lo son, parece que tienen licencia para hacer todo lo que quieren. Y así los hombres sabios y experimentados dicen que el fundamento y el primer capítulo de la disciplina militar es tratar bien á los soldados y tenerlos pagados, para quitarles la ocasion de buscar la comida con agravio de los propios amigos, y hacer los daños é insolencias extrañas que suelen hacer.

Pues como gravemente dijo Casiodoro: *Disciplinam servare non potest jejunos exercitus, dum quod deest, semper præsumit armatus*; el ejército hambriento no puede estar sujeto á la disciplina militar, porque siempre presume que puede tomar lo

(1) Lib. ii, cap. vi y vii. (2) II, Reg., xxiii.
(3) Part. ii, cap. xxviii.

(4) Pintare., in Apophth. Lacon. (5) Hernan Perez de Guzman, lib. ii, tit. iv, cap. v; Garibay, lib. xi, cap. xxv de su *Historia*.

que le falta. Y Dios mandó á su pueblo (1), cuando habia de pasar por la tierra de Esaú, que era tierra de amigos, que comprasen por sus dineros lo que habian de comer y de beber, y que no hiciesen otra cosa.

Y porque muchas veces los príncipes dan el dinero para pagar los soldados, y no lo son, por la codicia y maldad de los ministros por cuya mano pasa, debe el príncipe mandar castigar severamente á cualquiera ministro suyo que defraudare las pagas de los soldados; porque es gravísimo delito y seminario de grandes males, pues demas de quitar, contra toda justicia, al pobre soldado, que con su sangre defiende la república, el estipendio de su trabajo y sudor, se le da ocasion de amotinarse, de no pelear y no servir á su príncipe cuando es menester, y de asolar y destruir á los pueblos amigos, y dar ocasion que ellos se rebelen y alcen la obediencia á su mismo príncipe.

Finalmente, si el príncipe quiere tener buenos y valerosos soldados, debe procurar que los caballeros y nobles y vasallos de su reino en tiempo de paz se ensayen para la guerra, y tengan ejercicios y entretenimientos militares, con los cuales huyan la ociosidad y se hagan más hábiles y dispuestos para los trabajos de la guerra, como son: esgremir, tirar, correr, saltar, luchar, nadar, cazar, andar armado y hacer mal á un caballo y jugar de todas armas; porque, como dice san Jerónimo en su primera carta: «El cuerpo acostumbrado á la ropa delicada no puede sufrir el peso del coselete, la cabeza usada á la Holanda lleva mal el andar cargada del duro yelmo, la mano blanda y muy guardada con guantes olorosos, ¿cómo podrá empuñar la espada y servirse de las duras armas?»

Los romanos, mientras que floreció su república, tenían maestros salarizados que enseñasen á los mozos estos y otros semejantes ejercicios, y aquella arte que llaman gimnástica, tan alabada de Platon (2). Y como dice Vejecio, con el ejercicio de las armas se hicieron señores del mundo, porque los griegos eran más sabios, los africanos más astutos, los españoles más robustos y valientes que ellos; pero tuvieron tan grande cuidado del ejercicio y disciplina militar, que con ella sujetaron todas las demas naciones.

Y los lacedemonios (3), que por ejercitar mucho á sus mancebos y curtirlos desde niños para el trabajo, y hacerlos fuertes y robustos soldados, vinieron á ser señores de Atenas y de la Grecia, que se daba más á las ciencias y al regalo de la toga, despues que los mismos atenienses tomaron el mismo camino y criaron á sus hijos duramente, vencieron á los lacedemonios, y quedaron los vencedores vencidos. Tanto va en la educación y en los ejercicios militares, en que el hombre se cria desde niño; pero sobre todas las cosas ayuda y anima mucho el ejemplo del mismo príncipe, y que

(1) Deut., ii. (2) Lib. i, De Re milit. (3) Plut., De Instit. Laced.; F. Patrill., De Rep., lib. i, tit. vii.

sus súbditos le vean ocuparse en las armas, y con los ejercicios que he dicho habilitarse para ellas, como lo dicen las leyes de España.

Esto es lo que se me ofrece decir de la fortaleza militar y cristiana, dejando á otros escritores y á los prudentes consejeros lo que toca á las causas que debe tener el príncipe para mover justa guerra, y el tiento con que debe entrar en ella, que es á más no poder, y la manera con que la ha de administrar, y los ardidés que debe usar; porque esto no es de mi profesion ni propio de este tratado, el cual solamente se escribe para enseñar á los príncipes la cuenta que para conservacion de sus estados deben tener con Dios y con su santa religion, y con las verdaderas y perfectas virtudes, como en estos dos libros queda declarado.

CAPÍTULO XLIV.

Conclusion y recapitulacion de este tratado.

No quiero pasar adelante con esta escritura, por no alargarla, pues se escribe para gente sabia y ocupada, ni tratar de las otras virtudes del príncipe cristiano, porque las que aquí habemos declarado son las más principales y como fuentes de las demas, y quien tuviere éstas las tendrá todas. Sólo quiero encarecidamente suplicar por las entrañas del Señor á cualquiera príncipe ó gobernador, consejero y ministro de los príncipes, que esto leyere, que considere con atencion el cuidado que todas las naciones del mundo, aún las más ciegas y bárbaras, tuvieron siempre con su religion, juzgando que sin este cuidado no se podia conservar.

Y lo que todos los filósofos y sabios enseñaron del culto que los hombres debemos á Dios, y cuántas todas las repúblicas se esmeraron, especialmente la romana, que fué la más prudente y poderosa, en la veneracion de sus falsos dioses, reconociendo dellos su grandeza y sujetando á ellos su imperio, para que, pensando por una parte esto con la ponderacion que es razon, y por otra la diferencia que hay de la santidad, alteza y majestad de nuestra santa religion, á la supersticion, bajeza y vileza de todas las sectas de los gentiles, se corra y confunda, viendo lo que ellos hicieron para adorar al demonio, y lo poco que los cristianos hacemos para adorar y servir aquel Dios único y verdadero, que es un bien sumo é infinito, principio y fin de todas las cosas, Gobernador del mundo y Señor de todos los imperios, y el que los da y quita á su voluntad, y por tantos títulos merece ser servido con aquella religion que él mismo nos trujo del cielo.

Esta religion es una como luz resplandeciente y purísima, con que vemos la misma luz, y por ella todas las otras cosas visibles, y la que nos alumbraba para que estimemos su excelencia y entendamos todo lo que ella nos enseña. Ésta la que nos predica que por la providencia que el Señor tiene de todas las cosas, y más particular de los hombres, y más paternal de los buenos, y más regalada y cuidadosa de los príncipes, se deben ellos esmerar en el culto y reverencia del mismo Señor,

porque á los tales príncipes Dios los favorece muy particularmente en esta vida con la felicidad temporal, y en la otra con la eterna.

Tenga el príncipe delante los ojos los ejemplos admirables de los otros príncipes piadosos, que echaron por este camino real y conservaron sus estados, y de los que por no haberle seguido los perdieron. Y miren lo que prometen y juran todos los reyes cristianos cuando son ungidos y coronados con las ceremonias sagradas, lo cual se hace por mano de los sacerdotes, para que entiendan que reciben de la Iglesia la potestad, y que con ella deben servir á la misma Iglesia. Siga aquella lumbré de la razon que el Señor ha infundido en nuestra alma, y nos enseña que todos los príncipes son ministros y lugartenientes de Dios, y que cualquiera ministro debe administrar lo que le encomendaron, á voluntad del Señor que se lo encomendó.

No se contente con tener esta cuenta que habemos dicho con la religion en su persona y familia, pero tambien procure que la tengan sus súbditos, y cuide de la religion que profesan, para no admitir en su reino ni estados diferentes sectas y opiniones, que no se pueden trabar y unir bien entre sí, y son causa de grandes alborotos y turbaciones en la república, y las que la inficionan, abrasan y consumen, como nos lo enseña la experiencia y el miserable estado en que hoy día vemos puesta la Iglesia católica por haber disimulado los príncipes con sus súbditos en materia de religion.

Tiemble de los terribles y rigurosos castigos que nuestro Señor Dios ha dado á los mismos príncipes por esta disimulacion; pues en ninguna cosa deben poner mayor cuidado y vigilancia que en ésta, que es la llave y el fundamento de la conservacion de sus estados, como queda declarado; pero advierta que de tal manera debe mirar por la fe de sus súbditos, y defender la religion católica, y amparar la Iglesia, que no se haga censor de la fe ni juez de la religion, ni superior de las causas y ministros de la Iglesia, pues no lo es, sino hijo de ella y defensor, y como tal la debe oír, defender y amparar, y si alguna vez, como hombre, cayere en algun grave delito, reconocerse y sujetarse á la censura y correccion de la misma Iglesia, como lo hicieron muchos grandes príncipes, y por ello alcanzaron el renombre de religiosos príncipes y fama y gloria inmortal; porque no se sujetaban á los hombres, sino á Dios, cuyos ministros eran los sacerdotes, y cuya era la excomunion y la sentencia que ellos en su nombre fulminaban, y por este respeto los reverenciaban y tenían en suma veneracion, y acataban las iglesias, porque eran templos del Señor, y todos los bienes que les pertenecian, como cosa consagrada al mismo Dios y dedicada á su culto y servicio, y al sustento de sus ministros y remedio de los pobres, y precio de los pecados de los fieles que los ofrecieron.

Entienda que es tanta la excelencia de la reli-

gion cristiana, que en sola ella hay verdaderas y perfectas virtudes, y que las que los filósofos y príncipes gentiles tuvieron (por más que de los escritores sean alabadas) no fueron sino una figura y sombra de virtud, y juntamente que en cualquiera cristiano, y más en el príncipe, deben ser las virtudes, no fingidas ni falsas, sino reales y verdaderas; porque Dios nuestro Señor (que es un bien infinito y simplicísimo) aborrece y castiga con su mano fuerte á todos los príncipes hipócritas que quieren engañar con máscara de virtud. Y que puesto caso que el príncipe debe vivir con gran recato y secreto y disimulacion, y armado de todas armas, para que los otros príncipes y amigos fingidos no le puedan ofender; pero que ha de ser de manera que no se haga discípulo de Maquiavelo, ni por la prudencia de serpiente pierda la simplicidad cristiana y de paloma.

Persuádase que entre las otras virtudes con que deben resplandecer los príncipes, la primera y más principal, despues de la religion y piedad, debe ser la justicia, sin la cual, ningun reino ni provincia, ni ciudad ni aldea, ni familia, ni aun compañía de ladrones, se puede bien conservar. Y que para ser el príncipe justo debe repartir las honras y bienes de la república á los que las merecen por su virtud y por sus buenos servicios, más que á los ricos ó á los que se precian de su nobleza, y son desemejantes en las obras á sus progenitores, y escurecen con su mala vida el resplandor de su linaje, y corrompen las costumbres é inficionan la república con su mal ejemplo; y que asimismo deben ser más inclinados á la gratitud que á la venganza, y en el hacer mercedes, mirar más á los que tienen verdaderos méritos, aunque no las pidan, que á los que las piden é importunan sin ellos; y hacerlas con tanta liberalidad y gracia, que con ella se acreciente el dón, y el que le recibe quede más obligado por ella que por el mismo dón.

Piense á menudo la diferencia que hay entre el verdadero rey y el tirano, y que el oficio del verdadero príncipe es oficio de pastor, para apacentar, gobernar y defender y traer grueso su ganado, y tresquilarle, y no desollarle, y que debe con gran cuidado excusar cuanto pudiere el cargar á sus súbditos con pechos y gravezas, y para esto excusar el tomar dineros á interesé, y cercenar todos los gastos superfluos y el derramamiento inútil de la hacienda, y procurar que ella se gaste limpia y provechosamente, remunerando y haciendo mercedes á los que la administran bien, y castigando severamente y con presteza á los que la roban ó administran mal. Y que cuando la necesidad le obligare á cargar á su pueblo, lo debe hacer de manera, que se entienda que es necesidad, y no voluntad. Y para que la hacienda le luzca, y sea de provecho, esté muy atento, y procure que no se cojan ni se cobren sus rentas reales con agravio de sus súbditos y ofensa del Señor; pues cualesquiera rentas que con pecado se cobran, son fuego, como dice san Gregorio, que consume y abrasa las demas.